

Morena: la izquierda y la consolidación de la democracia

Morena: the left and the consolidation of democracy

Mario Ruiz Sotelo

La victoria de Morena es la de una oposición de izquierda cuyos orígenes podemos remontar hasta la década de 1940. Sus fundamentos se encuentran arraigados a los principios del nacionalismo revolucionario mexicano, pensamiento que desde entonces hizo crítica a los gobiernos en turno. Para entender los resultados electorales de 2018 es pertinente hacer una división en dos grandes periodos: el de la Guerra Fría (1946-1988), caracterizado por el dominio del PRI bajo el modelo del Estado benefactor dependiente; y el del co-gobierno construido por la alianza de facto PRI-PAN (1988-2018), establecida por su coincidencia con los postulados neoliberales. Tanto en uno como en otro periodo la izquierda fue considerada como el principal enemigo del gobierno, por lo que se buscó impedir por cualquier medio su acceso al poder político. Por lo mismo, en ambos es común el autoritarismo y, consecuentemente, es imposible hablar de democracia moderna. El triunfo de López Obrador se convirtió, por lo mismo, en condición necesaria para considerar la posibilidad de dar paso a la consolidación democrática.

Palabras clave: nacionalismo revolucionario, izquierda, neoliberalismo, transición democrática, consolidación.

The victory of Morena is that of a leftist opposition whose origins can be traced back to the 40s of the last century. Its foundations are rooted in the principles of Mexican revolutionary nationalism, a thought that since then criticized the governments in turn. To understand the electoral results of 2018, it is pertinent to divide into two major periods: the Cold War (1946-1988), characterized by the PRI's domination under the model of the dependent welfare state; and that of the co-government built by the de facto PRI-PAN alliance (1988-2018), established by its coincidence with the neoliberal postulates. Both in one and in another period the left was considered as the main enemy of the government, so it was sought to prevent by any means their access to political power. For the same reason, authoritarianism is common in both and, consequently, it is impossible to speak of modern democracy. The triumph of López Obrador became, therefore, a necessary condition to consider the possibility of giving way to democratic consolidation.

Key words: revolutionary nationalism, left, neoliberalism, democratic transition, consolidation.

Fecha de recepción: 1 de octubre de 2018

Fecha del dictamen: 23 de mayo de 2019

Fecha de aprobación: 31 de mayo de 2019

INTRODUCCIÓN

El triunfo del Movimiento Regeneración Nacional (Morena) en las elecciones de 2018 es la victoria más importante de la izquierda mexicana desde la expropiación petrolera. Representa también el dato más contundente para hablar de un proceso exitoso de transición democrática en México. En efecto, desde 1946 lo que podemos llamar izquierda partidista mexicana se había caracterizado por su condición testimonial, dominada, reprimida o en el mejor de los casos, derrotada en las urnas mediante elecciones ejecutadas bajo la razonable argumentación de fraude. No pocos pensaron que los arreglos políticos de los grupos en el poder en México, entre otras cosas, por su vinculación con Estados Unidos, hacían no sólo inviable, sino imposible el triunfo de un partido no construido sobre la base de sus intereses, por lo cual incluso la idea de una democracia moderna, es decir, de un régimen electoral democrático de competencia equitativa, llegó a considerarse una quimera. Para sorpresa de muchos, sin embargo, Morena, el partido más representativo de la izquierda mexicana, ganó las elecciones por amplio margen. Lo anterior amerita que analicemos detenidamente al menos dos temas: la caracterización de lo que entendemos por izquierda mexicana y las razones por las cuales pensamos que su triunfo era necesario para hablar del fin de la transición y el inicio de la consolidación democrática. Utilizaremos como herramienta metodológica primordial el análisis contextual de la formación de lo que ha solido llamarse “sistema político mexicano”, para lo cual hacemos una propuesta de periodización que nos permite entender las fases de su desarrollo. Del mismo modo, privilegiamos en nuestro marco teórico a varios autores que se han ocupado del tema desde hace varias décadas.

IZQUIERDA, ¿QUÉ IZQUIERDA?

Cuando se dice que el triunfo de Morena lo es de la izquierda mexicana no faltan quienes afirmen que la vieja dicotomía izquierda-derecha ha quedado rebasada en nuestro tiempo, y particularmente en México. Por otra parte, también están los escépticos que, aceptando dicha dualidad, dudan sobre la pertinencia de calificar al partido señalado como partícipe de tal orientación política. Es el caso del conocido historiador sobre la realidad mexicana John Womack, quien señaló respecto al triunfo de López Obrador:

Mucha gente vio sus sueños izquierdistas realizados en el triunfo de López Obrador, pero lo que ahora llaman izquierda es una izquierda que, como tal, es muy pobre. No

es la izquierda de Valentín Campa de los 50 y 60. Campa era comunista. Eso era la izquierda mexicana. Una izquierda marxista. ¿Qué es López Obrador en relación a eso? Para mí no hay izquierda fuera del marxismo. La izquierda no es izquierda a menos que sea marxista (Estévez, 2018).

Eso nos lleva a plantear un problema nada fácil de resolver: ¿qué entendemos por *izquierda*? El tema ha sido abordado de forma abundante y, por lo mismo, no puede haber definición única. No aspiramos a darla aquí, pero acaso podemos establecer un principio rector:¹ la izquierda se establece desde la realidad que viven los excluidos de un sistema de dominación y, en consecuencia, promueve su liberación. Es claro, como lo ha dicho Norberto Bobbio, que lo que llamamos izquierda tiene a la promoción de la igualdad como una de sus ideas rectoras, aunque no la única (Bobbio, 1998),² pues, como señala Adolfo Sánchez Vázquez, no puede excluirse la libertad y la democracia, así como tampoco la moral (Sánchez, 2007: 15-39). Por lo mismo, el pensamiento que llamamos de izquierda es crítico de la concentración del poder y la riqueza en pocas manos y promueve principios de justicia distributiva, partiendo de la alteridad excluida. Siendo así, podemos decir que, bajo diferentes circunstancias, fueron de izquierda Espartaco, Bartolomé de Las Casas, Túpac Amaru II, Miguel Hidalgo, Emiliano Zapata, Martin Luther King, Sor Juana Inés de la Cruz u Olympe de Gouges, por citar solamente algunos ejemplos. Es claro que la teoría marxista es, por su naturaleza crítica, acaso la que es identificada inequívocamente como *la izquierda*, y bien puede afirmarse que es teóricamente la izquierda más radical posible, pero limitar tal denominación sólo a lo relativo a sus planteamientos reduce significativamente su concepción, de tal forma que, en esa lógica, tampoco podríamos llamarle izquierda a la de los jacobinos emergidos de la Revolución Francesa, los causantes de que usemos tal denominación para quienes se oponen a los privilegios de las élites.

Ahora bien, habría que decir, en segundo término, que no debe hablarse de una sola forma de entender la práctica de la izquierda, sino de varias, y posteriormente señalar, si es el caso, a cuál de ellas pertenece Morena. En efecto, podríamos hablar de la izquierda marxista partidaria mexicana, que tuvo en los militantes del Partido Comunista Mexicano (PCM) (1919-1981) a sus más representativos exponentes (Diego Rivera, Frida Kahlo, David Alfaro Siqueiros, Valentín Campa, Demetrio Vallejo, entre

¹ El señalamiento está inspirado en la *Filosofía de la liberación*, de Enrique Dussel (2011b), particularmente en el tema de la exclusión.

² No obstante, Bobbio (1998: 135-152) aclara que tal criterio es insuficiente y no debe entenderse como igualdad en todos los aspectos.

otros). O la izquierda guerrillera, que tuvo organizaciones de orientación marxista, como el Partido de los Pobres (donde militaran Lucio Cabañas y Genero Vázquez), lo mismo que otras, como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), que se inspiró explícitamente en un líder protagónico de la Revolución Mexicana de 1910. Evidentemente, la interpretación de tales agrupaciones es diferente a la del partido que nos ocupa. Tenemos, pues, que hurgar en otra fuente, que de acuerdo con nuestra hipótesis es posible encontrar en el régimen posrevolucionario, particularmente en el cardenismo, pero no sólo del que su fundador ejerció desde la Presidencia, sino primordialmente en el que promovió en su posición de expresidente. La línea ahí fundada sigue su trazo por diferentes organismos de la izquierda nacionalista, que pasa por el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), el Partido Mexicano Socialista (PMS) y finalmente el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Es así que podemos encontrar el surgimiento de dicha izquierda como oposición al Partido Revolucionario Institucional (PRI), forjada desde afuera del mismo, en la que proponemos advertir como su primera etapa (1946-1988), así como en una segunda, caracterizada por la alianza PRI-Partido Acción Nacional (PAN) (1988-2018), mismas que analizaremos a continuación.

PRI: EL PARTIDO DOMINANTE DURANTE LA GUERRA FRÍA (1946-1988)

El fin de la Segunda Guerra Mundial generó un cambio radical en el orden político internacional, mismo que necesariamente repercutió en la articulación del sistema político que entonces operaba en México. Tras los Acuerdos de Yalta (1945), se entendió que Estados Unidos era la potencia dominante a la que los países latinoamericanos debían subordinarse, por lo que se debía actuar en consecuencia. El Partido de la Revolución Mexicana (PRM), fundado por Lázaro Cárdenas en 1938 para sustituir al Partido Nacional Revolucionario (PNR), había sostenido una política interior articulada sobre la base de la reforma agraria, las expropiaciones de los latifundios y, por supuesto, del oligopolio petrolero internacional, que lo llevó a confrontarse con grandes potencias, entre ellas la Gran Bretaña, que rompió relaciones diplomáticas con el país. En materia de política exterior, el gobierno mexicano condenó el golpe al gobierno republicano en España, la invasión de la Unión Soviética a Finlandia, la del gobierno de Mussolini a Etiopía, así como la de Hitler a Austria. Se hizo, pues, una política crítica de los regímenes totalitarios, fascistas, imperialistas, que no eran sino la antesala de la gran conflagración bélica que se avecinaba. Nada de eso podría continuarse bajo el estigma de la Guerra Fría. La transformación del PNR al PRI

significó, en consecuencia, la renuncia a tal interpretación de la conducción soberana de México para subordinarse al dominio estadounidense. El PRI mantuvo algunos elementos estructurales de sus antecesores PNR-PRM, como el hecho de articularse desde el poder político, esto es, no para conseguirlo, sino para conservarlo, aparte de una militancia corporativa que le daba la ventaja de poseer un control social que no podían tener sus opositores. No obstante, lo que defendemos ahora es que, dado el contexto señalado, la fundamentación ideológica del PRI representa no una continuidad, como suele pensarse, sino una visible ruptura con los partidos que le antecieron, tras la cual, de hecho, los propios principios del nacionalismo revolucionario serán paulatinamente inhibidos con toda intención.

Es así que el surgimiento del PRI se fundamentó en el ajuste de la política mexicana al nuevo orden político. Eso significó, claro, reorientar la política interna del país, si bien es cierto que se mantuvo una especie de doble moral en la política exterior, dado que la inercia dada por Cárdenas generó un prestigio internacional al que no podía renunciarse (Ruiz, 2016: 229-243). Es así que el gobierno de Miguel Alemán (1946-1952), primero surgido del PRI, inauguró una educación ajena a los principios socialistas que la condujeron los doce años anteriores, e incluso aceptó los “contratos de riesgo” para que empresas petroleras extranjeras invirtieran de forma complementaria a Pemex (Meyer, 2013: 76). El modelo económico transitaba así paulatinamente de los principios surgidos por el nacionalismo revolucionario (1917-1940) a uno que podemos llamar *Estado benefactor dependiente*, y más, *neocolonial*, alineado al dominio estadounidense. Pero quizá lo más significativo fue la creación de la Dirección Federal de Seguridad (1947), una policía secreta que se encargaría de investigar especialmente el activismo “comunista” en México, cuyos integrantes fueron perseguidos y torturados durante décadas, hasta que desapareció en 1985. Todos los presidentes surgidos del PRI hasta la década de 1970 se caracterizaron por su tendencia anticomunista, la cual fue manifestada de manera abierta o encubierta. Los casos más significativos son los de Adolfo López Mateos (1958-1964), Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) y Luis Echeverría Álvarez (1970-1976), quienes, de acuerdo con los archivos desclasificados, hoy sabemos que colaboraron estrechamente con la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA, por sus siglas en inglés).³

Fue en ese contexto que destaca particularmente la figura de Lázaro Cárdenas, quien mantuvo un importante activismo que en los hechos significó la formación de una alternativa de izquierda crítica a los gobiernos priistas. Uno de esos momentos se vivió

³ Se trata de un dato que hoy está fuera de toda duda. Véase Aguayo (2018: 15-20).

cuando al triunfo de Revolución Cubana, en 1959, el general Cárdenas no dudó en manifestar por su cuenta su abierta solidaridad con los comandantes victoriosos, lo cual se hizo notorio cuando fue a La Habana a encabezar un mitin junto al mismo Fidel Castro el significativo 26 de julio de 1959, primera celebración oficial del inicio de la Revolución Cubana (Portal Cuba Periodistas, 2009). El gobierno de López Mateos siguió una política particularmente ambigua con respecto a dicho movimiento, y quizá en él se observa el mejor ejemplo de la doble moral seguida en materia de política exterior. En efecto, el entonces presidente de México recibió el 14 de enero de 1961 en Los Pinos nada menos que al director de la CIA, Allan Dulles, quien le pidió su ayuda para derrocar a Fidel Castro. Por supuesto, López Mateos le contestó que no podía hacerlo, pero entendió que tampoco podía quedar mal con el espía estadounidense, a quien repuso que: “Hay muchas cosas que podemos hacer por debajo de la mesa” (Torre, 2008). Consecuente con tal promesa, su gobierno tramitó el abastecimiento de combustible a las fuerzas invasoras en el emblemático sitio de Playa Girón. No obstante, lo que trascendió históricamente fue la oposición de México a la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA). Y en lo referente a la política interna, López Mateos ejerció la persecución y encarcelamiento de los líderes del movimiento ferrocarrilero, Demetrio Vallejo y Valentín Campa, militantes del Partido Comunista. Los dictados de Washington, pues, eran seguidos quizá no al pie de la letra, pero sí en lo fundamental.

Fue entonces que Lázaro Cárdenas decidió ir más allá de su influencia personal para promover una organización política que se opusiera a tal orden de cosas, y tal fue el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), no casualmente fundado en el mismo 1961. Incardinado en el pensamiento crítico de la izquierda latinoamericana, entonces en boga con autores como Franz Fanon o Aimé Césaire, el MLN buscó articular una izquierda mexicana capaz de oponerse al Estado benefactor dependiente que ya representaba el PRI en el gobierno, para lo cual sin duda los principios clave eran los que había promovido el nacionalismo revolucionario en su versión cardenista, a los que se sumaron seguidores de los principios marxistas (como ocurrió también en el sexenio presidido por el general Cárdenas). El MLN surgió de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, que tuvo representantes de diversos países latinoamericanos y destacó en sus propósitos la lucha conjunta contra el imperialismo estadounidense. Entre sus integrantes debemos destacar a luchadores sociales como Othón Salazar, Heriberto Jara, al filósofo Elí de Gortari y a dos jóvenes políticos: Cuauhtémoc Cárdenas y Heberto Castillo, quien había sido secretario particular de Lázaro Cárdenas. En uno de los discursos fundacionales del MLN, el propio general Cárdenas señaló:

Ni en la lucha por la Independencia, ni en la Reforma, ni en la Revolución de 1910 se habían confabulado las fuerzas de las oligarquías dominantes, las del clero político y del imperialismo norteamericano, como sucede hoy [...] México, como todos los demás pueblos de América Latina, tiene que organizarse, unirse para la defensa conjunta de sus intereses; y a esto tiende la asamblea que ustedes celebran (Peláez, 2010).

El dominio estadounidense tenía en el PRI un aliado y no un crítico, por lo que Cárdenas entendía la necesidad de crear un organismo político mexicano vinculado con el resto de América Latina para hacerle frente. Tácitamente, admitía que los principios defendidos por la Revolución estaban en vilo y era preciso darles una nueva dirección política. Sin embargo, acaso por el compromiso que significaba la investidura de su líder, el MLN no buscó convertirse en partido político, lo que puede explicar su desintegración apenas hacia 1967, habiendo dejado sin embargo un trazo político de oposición al régimen priista desde el nacionalismo revolucionario que había quedado abierto y necesitado de cubrirse.

El gobierno de Díaz Ordaz hizo más evidente aún el carácter pro-estadounidense y anticomunista del gobierno mexicano, por lo que no parece casual que haya sido el 26 de julio de 1968, justo en el devenir de la celebración de la Revolución Cubana, cuando hizo explosión el movimiento estudiantil y, paralelamente, la represión gubernamental. El entonces presidente mexicano guardaba una estrecha relación con Winston Scott, jefe de la Estación de la CIA en México, quien debió alentar la represión a los universitarios (Aguayo, 2018: 18).

Entre los líderes debe mencionarse a José Revueltas, un intelectual multifacético, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), quien ya en 1962, en su *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, había criticado tanto las posturas del Partido Comunista Mexicano como del nacionalismo revolucionario respecto a la clase trabajadora. En el magisterio también destacó particularmente Heberto Castillo, conocido ya por sus logros como ingeniero civil. Debido a su autoridad moral, él fue encargado para dar el *Grito* en Ciudad Universitaria, uno de los momentos simbólicos más importantes del 68. Fue entonces que el movimiento consiguió arrebatarse al gobierno priista el manejo de la historia crítica mexicana, para hacerla suya y convertirse en parte de ella. Como es bien sabido, la saña anticomunista en la que creía firmemente Díaz Ordaz, motivó la represión a los universitarios, tras el que hubo una cauda de presos políticos, entre los que se contaron los mencionados Revueltas, Castillo y De Gortari. A pesar de sus notables repercusiones, es difícil sostener, como suele hacerse por un sector de analistas, que con dicho movimiento comenzó la transición a la democracia. En realidad, el régimen priista supo recomponerse en el siguiente sexenio, donde Luis Echeverría hizo uso

ad nauseam del supuesto carácter “progresista” del PRI, que en realidad no era sino la ya caracterizada doble moral priista, con el cual liberó a los presos políticos y habló de “apertura democrática”. La aparente verosimilitud que logró con el mismo quedó establecida con una frase que hiciera el distinguido periodista Fernando Benítez, “Es Echeverría o el fascismo”, misma que suscribiría de alguna forma el escritor Carlos Fuentes cuando dijo que sería un “crimen histórico” no convalidar a un presidente asediado por el imperialismo y la derecha priista (Sheridan, 2017).

En los archivos de la CIA consta una charla con el presidente de Estados Unidos Richard Nixon entre el 15 y el 16 de junio de 1972, donde le prometió promover la causa del Tercer Mundo para así buscar arrebatarla a Fidel Castro (Carrasco, 2009). Fue debido a ello que se acercó al presidente de Chile, Salvador Allende, con quien escenificó lo que ahora sabemos fue una mascarada que no hacía sino encubrir su papel de operador de Washington. Es en ese contexto que surge el Partido Mexicano de los Trabajadores, convocado por Heberto Castillo y algunos otros integrantes del movimiento del 68 como Eduardo Valle, además del líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo y el destacado filósofo Luis Villoro. Esta agrupación buscó darle una formalidad partidaria a los principios propios de una izquierda nacionalista posrevolucionaria crítica del PRI. Recuperaba explícitamente las luchas de los caudillos mexicanos de la Independencia, la Reforma y la Revolución y omitía los conceptos del marxismo tradicional. Se identificó con el símbolo náhuatl que significa *ollin* (movimiento), para distanciarse de la hoz y el martillo que usaba entonces el PCM (Santiago, 1987). La izquierda partidista mostraba así dos tendencias que habrían de consolidarse en los años siguientes, para después, fusionarse.

FRENTE DEMOCRÁTICO NACIONAL-PRD: LA ORGANIZACIÓN PARTIDISTA DE LA IZQUIERDA DEL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO CRÍTICO DEL PRI

En las elecciones de 1976 el candidato del PRI, José López Portillo, fue el único que contendió legalmente (Valentín Campa, miembro del PCM, lo hizo como no registrado), lo que motivó el cambio en la organización electoral de 1977, diseñada por Jesús Reyes Heróles, que permitió el ingreso de partidos que se movían en una especie de clandestinidad, entre ellos el PCM y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), de filiación trotskista. Este momento tampoco debe considerarse como iniciador de la transición democrática, debido a que en realidad la apertura, lejos de promover una competencia equitativa, en realidad formulaba apenas un acceso testimonial a los opositores, quienes finalmente darían legitimidad electoral a un gobierno bajo la sombra del dominio monopartidista, propio del régimen de partido dominante.

El ingreso de algunos miembros de la izquierda a la Cámara de Diputados por el principio de representación proporcional motivó la reagrupación de diversos organismos en el PCM, que tras la fusión, en 1981, cambió su denominación a Partido Socialista Unificado de México (PSUM). El PMT se mantuvo al margen de dicho proceso, pero finalmente también obtuvo registro legal y consiguió diputaciones en 1985. Al año siguiente, un connotado grupo de priistas, encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez, formaron la Corriente Democrática al interior del PRI, la cual manifestó su oposición a la política neoliberal instrumentada por el entonces presidente Miguel de la Madrid (1982-1986). Sus objetivos eran primordialmente dos: *a)* que el futuro candidato presidencial fuera elegido por las bases del partido, como lo marcaban los estatutos; y *b)* evitar que el siguiente presidente continuara la política económica instrumentada por De la Madrid. El primero pedía lo inimaginable: que el mandatario en turno no designara a su sucesor, acaso la principal ley no escrita del sistema, justo lo que motivó la caracterización más precisa del modelo que en este caso era común al PNR-PRM-PRI y que hiciera Daniel Cosío Villegas: *monarquía absoluta sexenal hereditaria en línea transversa* (Cosío, 1974: 31). En efecto, dada la concentración del poder que tenía el presidente en turno, como presidente de facto del partido dominante, nombraba a los candidatos a todos los cargos de elección popular de importancia, comenzando con el de presidente, con la seguridad de que tal candidatura era en realidad el aseguramiento del cargo, pues la competencia electoral era ficticia. Por lo mismo, la división de poderes era nula y, en consecuencia, podía hablarse de una especie de monarquía absoluta, limitada sólo por el tiempo.

El segundo punto no era menos importante, pues el neoliberalismo significaba la posibilidad real de terminar el desmantelamiento de los principios sociales construidos tras la Revolución, algo que, como hemos visto, fue desde siempre la intención oculta del PRI. En efecto, la lógica del mercado comenzaba a imponerse sobre la lógica del Estado, lo mismo en los grandes centros de poder que en la academia, lo cual era contrario a los principios de la izquierda, tanto la nacionalista como la comunista. Eso hizo que en 1987 se fusionaran el PMT y el PSUM para dar lugar al Partido Mexicano Socialista (PMS), cuyo candidato a la presidencia no podía ser sino Heberto Castillo. La Corriente Democrática del PRI, por su parte, entendió que sus peticiones no podían ser atendidas, pero habían conseguido el propósito de exhibir la antidemocracia dominante de su partido, el cual finalmente abandonaron para postular a Cuauhtémoc Cárdenas a la presidencia bajo las siglas de viejos partidos marginales, como lo fueron el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), el Partido Popular Socialista (PPS) y el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN), que conformaron el Frente Democrático Nacional (FDN).

La campaña de Cuauhtémoc Cárdenas tuvo un poder de convocatoria insólito, comparable sólo a la que tuvo Francisco I. Madero en 1910. Heberto Castillo, quien había sido en vida del general Cárdenas el heredero político más notable, tuvo a fin de cuentas que declinar en favor del hijo de su maestro. Desde antes de las elecciones, la población identificada con la izquierda parecía haber elegido a Cuauhtémoc Cárdenas como su caudillo. Sería erróneo interpretar tal liderazgo, como suele hacerse siguiendo acríticamente el modelo weberiano, como de tipo carismático, adjetivación que no es útil siquiera como hipérbole. Parafraseando a Monsiváis, si algún carisma parecía tener el adusto Cárdenas, era el carisma de lo anti-carismático. Además, tendríamos que admitir entonces que su claro sucesor, Andrés Manuel López Obrador, quien también se ha caracterizado por su capacidad de reunir grandes masas en todo el país, lo hace también a causa de una personalidad extraordinaria. Evidentemente estamos en presencia de algo diferente. Fueron las masas, o mejor, *el pueblo*, entendido como población con capacidad de movilizarse de manera crítica, como *bloque social de los oprimidos*,⁴ el que forjó la necesidad del liderazgo, y no la operación contraria. Esto es, si Cuauhtémoc Cárdenas fue seguido de manera masiva se debió a que evocaba los principios propios del nacionalismo revolucionario que habían sido falsificados o truncados durante décadas por el PRI, y entonces el movimiento emergente vio justo en el hijo del general la posibilidad de que fueran restituidos.

Aquellos principios, no lo olvidemos, fueron el fundamento del pacto fundacional del Estado mexicano posrevolucionario, es decir, de su legitimidad originaria. En efecto, cuando se habla del contrato social y su origen frecuentemente suele remontarse, siguiendo las teorías liberales, a un momento remoto, o peor, a-histórico, en el que es imposible establecer referente concreto alguno. Si seguimos a Luis Villoro, es pertinente distinguir entre el *pactum conjunctionis* y el *pactum subjectionis*. El primero refiere la pertenencia a una comunidad histórica, en la que se constituye el *pueblo*. El segundo supone el anterior, pero tiene un carácter definitivamente político, pues “expresa la aceptación de sus miembros a someterse a un poder común” (Villoro, 2007: 158). Es decir, pueblo y Estado mantienen formas de articulación diferentes, contrariamente a lo supuesto por la teoría liberal, que parte del mismo Hobbes. En nuestro caso, el *pactum subjectionis* estaba forjado por la Constitución de 1917, construida sobre la base de los referentes de la Revolución iniciada en 1910, esto es, el nacionalismo

⁴ Nos referimos a la idea de *pueblo* como *bloque social de los oprimidos*, según la interpretación de Dussel a partir de Gramsci, es decir, como fundamento de capacidad crítica y transformadora de un gobierno que ejerce el poder como dominación (Dussel, 2006: 87-130).

revolucionario. Como vimos, el reclamo que se le hacía al PRI era que su actuación era contraria al pacto, aunque, en su doble moral, quería aparentar que lo seguía. La asunción de los principios neoliberales significó el fin de la mascarada, y fue entonces que la población se movilizó en la campaña electoral para recuperar en lo posible los principios perdidos para hacerse cada vez más evidente la ilegitimidad del gobierno priista. No es gratuito que el mitin en La Laguna, escenario privilegiado de la reforma agraria cardenista 50 años antes, fuera el primer lugar donde sorprendió a todos, quizá al propio Cuauhtémoc, el poder movilizador que se estaba generando (Monsiváis, 1988). Se habían activado los ingredientes cardinales que formaron lo que podemos llamar *cultura política popular crítica*. Fue ésta, pues, la que provocó que el liderazgo se prendiera. Eso implicaba la certeza de que el gobierno dominante y su candidato, esto es, el PRI y Carlos Salinas de Gortari, debían ser rechazados justo por representar lo contrario, los principios neoliberales, contrarios al *pactum subjectionis*, ya operados por Miguel de la Madrid.

Tal proceso, por supuesto, tuvo continuidad natural con López Obrador, lo cual se hizo evidente a partir del desafuero de 2005. Un liderazgo popular como el que protagonizaron ambos dirigentes es indispensable para construir un movimiento de ruptura, pues se trata justo de ir en contra de lo establecido institucionalmente, que para entonces era justamente aquello que hacía posible el dominio del PRI. Enrique Dussel lo entiende de la siguiente manera:

El mismo pueblo emerge como un actor colectivo desde una pluralidad de movimientos y demandas [...] el mismo pueblo en formación inviste al liderazgo [...] de un poder simbólico como instrumento de unidad, como coadyuvante en la construcción del proyecto de hegemonía [...] del pasaje de la pasividad tradicional a la acción creadora, de la obediencia cómplice a la agencia innovadora [...] Dicho liderazgo aparece simultáneamente con la emergencia del pueblo como actor colectivo. El que ejerce dicho liderazgo debe tener plena conciencia de los límites de un poder simbólico que es siempre delegado e investido por el pueblo, que es la única sede soberana del mismo (Dussel, 2011a: 65-66).

El *pueblo* del que hablamos ahora es el que consigue construirse, reconstruirse, sobre la base de una conciencia de alteridad crítica,⁵ como población consciente de su marginalidad y necesidad de cambio de gobierno, como *potentia* que requiere

⁵ Sería, por supuesto, un momento diferente al *pactum conjunctionis* señalado por Villoro, referido a una situación originaria.

una representación alternativa (*potestas*),⁶ para lo cual se entiende que tácticamente es necesario construir tal liderazgo. La condición implícita del mismo es que tal líder tendrá que ser obediente a las demandas de los grupos que se insurreccionan sobre la base de una crítica al sistema de gobierno vigente que se ha revelado como *dominante* y, por lo mismo, como ilegítimo. Así pues, el fenómeno de los liderazgos de Cuauhtémoc Cárdenas y López Obrador no podría entenderse sin esta lógica de acción política, que, por lo señalado, dada la naturaleza de su crítica, es pertinente calificar de izquierda.

EL CO-GOBIERNO PRI-PAN (1988-2018): LA LUCHA POR LA ANIQUILACIÓN DE LA IZQUIERDA

Como es bien sabido, una compleja operación política impidió el acceso de Cuauhtémoc Cárdenas, es decir, de la izquierda del nacionalismo revolucionario aliada a la surgida de organizaciones marxistas, a ingresar al poder. La razón va más allá del sistema que se “calló”, es decir, del mero fraude electoral. En realidad lo que hizo posible que se consumara el triunfo de Carlos Salinas fue la alianza PRI-PAN, aceptada abiertamente entonces por los entonces líderes visibles del panismo, Luis H. Álvarez y Diego Fernández de Cevallos.⁷ Se trataba del compromiso del gobierno entrante a concretar una serie de reformas económicas y políticas, es decir, a llevar a cabo una especie de co-gobierno. Dicha alianza se mantuvo todo el sexenio de Salinas, en el que no se dudó en cometer fraude donde el PRD tuviera posibilidades de ganar, lo que generó protestas que fueron reprimidas, con un saldo aproximado de 300 muertos. De hecho, el nuevo partido de izquierda fue sometido por los medios de comunicación, casi todos plegados al gobierno, a un linchamiento moral que buscaba mostrarlo como víctima de su propia violencia. Los triunfos panistas, por el contrario, sería reconocidos abiertamente.

Salinas ejecutó una serie de reformas que formaban parte del ideario fundacional del PAN: cancelación de la reforma agraria, privatización del ejido, legalización de la educación primaria y secundaria por instituciones religiosas y relaciones con el Vaticano, por mencionar algunas de las más representativas, que entonces sintetizara Heberto Castillo con la fórmula: “El PAN propone y el PRI dispone”. Del mismo modo, Salinas de Gortari aceptó incorporarse al Tratado de Libre Comercio con Estados

⁶ Dussel entiende a la comunidad política originaria, que después deviene *pueblo*, como *potentia*, poder en sí, y a la representación como *potestas*, poder como mediación (2006a: 13-39).

⁷ Véanse planteamientos de ambos en Krauze (1994).

Unidos y Canadá, una especie de ampliación del acuerdo que ambos países tenían desde años antes. El objetivo era claro: dismantelar todos los principios provenientes de la Revolución mexicana; refundar el Estado mexicano con principios pertenecientes a la ideología neoliberal bajo el señuelo de que ellos llevarían a México al “primer mundo”. Por su parte, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) realineó al país geopolíticamente, ubicándolo como parte de América del Norte, lo cual en los hechos significó la profundización de la integración neocolonial a Estados Unidos. Es decir, lo que fue una velada aspiración propia de la doble moral del PRI de la Guerra Fría, ahora al fin se confesaba con descaro. La pertenencia geopolítica a América Latina, de la que México había sido líder en muchas circunstancias y que también formó parte de los principios posrevolucionarios, particularmente en su crítica a las posturas imperialistas, pretendió ser liquidada del panorama. Así, el co-gobierno de facto PRI-PAN buscó sustituir el viejo lenguaje posrevolucionario por la construcción de un nuevo “sentido común” surgido después de la caída del Muro de Berlín y promovido también por el mundo académico dominante, en el cual las posturas neoliberales estaban indudablemente en boga.

Fue en ese ambiente que se manifestó, al inicio de 1994, el EZLN. Su mensaje significó una gran revitalización de los contenidos de la izquierda con resonancias internacionales. El movimiento neo-zapatista visibilizó la pobreza, la marginación económica, política y cultural a la que están sometidos los pueblos originarios mexicanos, además de que, en un lenguaje no explícitamente marxista, criticó la violencia subyacente en el capitalismo neoliberal. La movilización civil que despertó el levantamiento hizo que la guerra durara apenas doce días, pero lo más notable, motivó una importante organización de apoyo moral e intelectual que se sumó rápidamente a la impugnación de la cultura neoliberal promovida por los grupos en el poder. ¿A qué se debió el insólito apoyo popular que consiguió el EZLN en forma casi inmediata? No faltará quien lo explique por la elocuencia del Subcomandante Marcos, por su capacidad literaria y, otra vez, por su particular carisma. No deben desdeñarse tales ingredientes, pero son a todas luces insuficientes. Desde la hipótesis que presentamos, tal simpatía pasa necesariamente porque la insurrección supo incardinarse con los principios de la Revolución mexicana, la gran reserva crítica de la población y la fuente más confiable de legitimidad para reconstruir la noción de *pueblo* de la que hemos hablado. Y más si se centra en Emiliano Zapata, la figura más representativa, más querida, de dicha insurrección señera. Una retórica construida con lenguaje ortodoxamente marxista seguramente no habría obtenido los mismos resultados. Poco antes de las elecciones, el neo-zapatismo convocó a una gran reunión en la zona que dominaba, la Convención Nacional Democrática, que implícitamente llamó a votar

por Cuauhtémoc Cárdenas.⁸ No obstante, el candidato del PRI neoliberal, Ernesto Zedillo, ganó la Presidencia, en unas elecciones, como todas las otras, caracterizadas por desarrollarse en condiciones de inequidad.

El gobierno de Zedillo fue propio de un fundamentalista del régimen neoliberal. Es así que, después de que sus decisiones precipitaron la crisis económica en los primeros días de su gobierno, buscó como estratagema de legitimación nada menos que el intento de aniquilación militar del EZLN, en febrero de 1995. No obstante, la reacción de la sociedad civil nacional e internacional lo hizo recular, por lo que se vio forzado a dialogar con los zapatistas, lo que dio por resultado los Acuerdos de San Andrés, en 1996, que firmaron ambas partes. Por supuesto Zedillo no sólo no cumplió la palabra empeñada, sino que prosiguió su intento de aniquilación del zapatismo, ahora en medio de una guerra de baja intensidad, misma que dio por resultado la masacre de Acteal, donde fueron asesinadas 47 personas integrantes de dicha comunidad tzotzil.⁹ La saña etnocida del entonces presidente puede entenderse porque el zapatismo se había convertido simbólicamente en el principal baluarte de la izquierda mundial, por lo que entendió que era el enemigo a vencer. No lo hizo, pero quiso hacer entender que, si algún cambio podía esperarse en el país, tendría que ser por otra vía.

Es así que, bajo la sombra de la situación en Chiapas, Zedillo finalmente aceptó una reforma electoral profunda en 1996, en la que se concedió autonomía al Instituto Federal Electoral, por lo que la organización de las elecciones dejó de ser un asunto del gobierno en turno. El resultado fue que Cuauhtémoc Cárdenas consiguió ganar la Ciudad de México en 1997, pero no así la Presidencia en 2000, que quedó en manos del panista Vicente Fox. Fue entonces que el tortuoso proceso de transición a la democracia, iniciado al menos desde 1988, parecía haber llegado a buen término, y faltaba ahora la consolidación, que tendría que llevar a cabo el nuevo presidente. Por supuesto, no ocurrió así.

Vicente Fox pretendió jugar con la idea de ser un presidente distinto a la de sus pares priistas, lo que significaba, en primera instancia, ser tolerante e incluso aceptar las demandas del EZLN. Fue así que no puso obstáculos a la marcha zapatista de 2001 hacia la Ciudad de México, misma que tuvo su momento culminante en el discurso de la Comandante Esther en la Cámara de Diputados, donde solicitó la aprobación

⁸ La Convención Nacional Democrática no se pronunció explícitamente en favor de ningún candidato, pero tampoco llamó a boicotear las elecciones. Las simpatías partidarias de muchos de sus miembros eran evidentes. Véase Monsiváis (1996: 313-323).

⁹ Sobre el particular, véase Bellinhausen (2008).

de los Acuerdos de San Andrés. Su presencia y su discurso impactaron nuevamente a la opinión pública nacional e internacional, pero el gobierno de Fox se encargaría de que no fuera más allá de eso. Al pasar la iniciativa a la Cámara de Diputados resultó que la autonomía se concedía sin el derecho a la administración de recursos, lo cual fue obviamente rechazado por el zapatismo. Así, a fin de cuentas, Fox demostró que estaba dispuesto a mantener la alianza con el PRI para evitar la concreción de las demandas de la izquierda. En ese sentido fue que, cuando hacia 2005 López Obrador se perfilaba ya como el candidato favorito para ganar la presidencia el año siguiente, no dudó en buscar a toda costa que no se presentara a las elecciones, para lo cual era necesario encontrar algún tipo de infracción legal y desafortarlo en consecuencia, elementos que consiguió gracias a su alianza con el PRI. No contaba, sin embargo, con que tal decisión generó una reacción masiva en su contra, por lo cual tuvo que recular. López Obrador se presentó entonces como aspirante presidencial, lo cual implicó un nuevo esfuerzo de Fox por evitar su triunfo, mostrando una parcialidad, que transgredía los límites legales, hacia Felipe Calderón, candidato de su partido. Por su parte, algunos sectores del PRI, al ver el rezago de su candidato Roberto Madrazo, no dudaron en apoyar al panista. Las elecciones se caracterizaron por una campaña que promovió el miedo y la intolerancia hacia la opción de izquierda, mientras que los resultados estarán siempre bajo la sombra del fraude, especialmente por la sospechosa actitud del Tribunal Electoral, que rechazó el recuento total de votos, algo que era de sentido común cuando la distancia oficial entre el primer y segundo lugar era de apenas poco más de medio punto.

La alianza PRI-PAN triunfó nuevamente, pero el costo fue muy alto. Significó que la transición a la democracia no sólo no había llegado a buen puerto, sino que el sistema autoritario simplemente había cambiado de rostro. La credibilidad de las instituciones construidas para dar certeza democrática había quedado ampliamente cuestionada, mientras que la evidencia del régimen neoliberal por aniquilar toda oposición de izquierda se manifestaba como baluarte del binomio gobernante de facto, a la vez que impedimento para hablar de auténtica democracia en México. Tal actitud no era sino la continuación, por otros medios, del viejo celo anticomunista que advertimos en el periodo anterior. La transición del Estado benefactor dependiente bajo el dominio del PRI, al Estado neoliberal del TLCAN, bajo la alianza PRI-PAN no sólo no pasó por la transición a la democracia, sino que buscó obstaculizarla, para lo cual el viejo autoritarismo únicamente cambió de signo.

Tras el cuestionado resultado electoral, Felipe Calderón pretendió conseguir su legitimidad usando como táctica principal lo que llamó “la guerra contra el narco”, que implicó entre otras cosas sacar el Ejército a las calles. La generalización del horror y el miedo se convirtieron así en el sustrato de su política, que generó al fin de su

administración 102 327 homicidios.¹⁰ El PRI, por su parte, aprovechó la situación para, en complicidad con varios medios de comunicación masiva, perfilar a Enrique Peña Nieto como candidato a la Presidencia inevitablemente ganador. La segunda candidatura de López Obrador vino de menos a más, pero no consiguió alcanzar a su oponente. Ya en la Presidencia, Peña Nieto renovó la consabida alianza con el PAN, al que se uniría parcialmente el PRD, con lo cual prácticamente quedaba fuera del poder la izquierda partidaria. Al advertir tal situación, López Obrador aceleró la organización de Morena, partido llamado a operar con una lógica más ágil que la del PRD, atorado en su lucha interna por “tribus” que no eran otra cosa que grupos de presión interna para acceder a puestos de poder, muestra inequívoca de la corrupción que se había apoderado de dicho partido. En tales circunstancias, Peña Nieto consiguió que se le aprobaran dos reformas de gran calibre: la educativa y la energética. Esta última era particularmente significativa. Significaba la abierta intervención de la inversión extranjera en materia petrolera, el último símbolo vivo del nacionalismo revolucionario. Como en su momento lo dijo el panista Gustavo Madero, se trataba de “una victoria cultural del PAN” (Delgado, 2013), aunque sin duda lo era también de los grandes organismos empresariales trasnacionales en tal rubro. Irónicamente, dicha reforma parecía hacerlos decir “El petróleo es nuestro”, como había proclamado el cardenismo de la década de 1930. El neoliberalismo había asestado su golpe más fuerte, por lo que ahora parecía hacerse irreversible. No obstante, la violencia desatada por su antecesor no sólo no disminuyó, sino que se hizo más evidente. Para abril de 2018 el número de homicidios en su sexenio llegaba a 104 637 (Jiménez, 2018), entre los que se contaba el de los jóvenes de Ayotzinapa (2014), tragedia emblemática que exhibió la forma en que el crimen organizado había penetrado las esferas de poder del Estado, por lo que operaban en los hechos como los principales destructores de la institucionalidad y la legalidad. El “sentido común” que el neoliberalismo quiso imponer se convirtió a fin de cuentas en la inaceptable rutina cotidiana de la muerte; la “guerra contra el narco” devino rápidamente en guerra contra la población común de México.

Fue así que, para sorpresa de muchos, Morena creció con rapidez. En las elecciones locales de 2017 en el Estado de México y en Coahuila el PRI ganó haciendo uso de métodos fraudulentos, como la compra del voto por medio de diferentes tipos de dádivas. En la prensa se especuló que el PAN aceptaría el triunfo priista en el Estado de México, que tuvo como principal opositor a Morena, a cambio de que reconocieran el supuesto triunfo panista en Coahuila. El pacto nunca se concretó, y eso pareció

¹⁰ Con datos investigados por *Reforma* (Jiménez, 2018).

ser el motivo para que la alianza de facto entre el PRI y el PAN se rompiera en forma irremediable. Sin duda, eso operó en favor de Morena y su candidato a la Presidencia. Pero el crecimiento de sus simpatías podemos explicarlos por elementos más profundos, que ya hemos apuntado. Morena representó la posibilidad de mantener vivos, de alguna forma, los principios del nacionalismo revolucionario que el co-gobierno PRI-PAN había ya dado por muerto y en nuestra hipótesis hemos considerado como el consenso originario fundamental que permitió legitimar al régimen desprendido de la Constitución (el *pactum subjectionis*). Su presencia en el imaginario popular no ha desaparecido y lo que hizo Morena fue reactivarlo. El neoliberalismo se presentó como la ideología que lo derrotaría, que podría generar el nuevo sentido común que lo haría pasar como superado e innecesario. Las plazas llenas que López Obrador obtuvo por todo el país mostraron enfáticamente lo contrario, y más el resultado en las urnas que le otorga una legitimidad no conseguida por presidente alguno, pues los que anteriormente ganaron de manera clara lo hicieron bajo el estigma del partido o la alianza dominante que se sabía tenía de antemano ganada la elección, es decir, que la misma no se había desarrollado democráticamente.

CONCLUSIONES

1. Hemos analizado dos grandes etapas del México contemporáneo para entender el significado del triunfo de Morena en 2018. La primera, de 1946 a 1988, está caracterizada, en lo político, por el dominio casi absoluto del PRI, y en lo económico, por la ejecución del Estado benefactor dependiente, que fue paulatinamente desmantelado a partir de 1982. La razón de ser del PRI no era la ejecución de los principios de nacionalismo revolucionario, sino su atenuación y necesariamente subrepticia desaparición, pues en el fondo era reconocido como la fuente de legitimidad última del régimen establecido. Su ejercicio del poder se caracterizó por la intolerancia contra políticas de izquierda, particularmente aquellas que pudieran ser estigmatizadas de “comunistas”, dada su alianza velada, y no tanto, con los intereses de Estados Unidos, en una política que caracterizamos por su doble moral.
2. La segunda etapa va de 1988 a 2018 y tiene como notable componente político la alianza de facto PRI-PAN, mientras que en materia económica el objetivo primordial era ampliar las reformas neoliberales, lo que significaba la desaparición de los principios del nacionalismo revolucionario. En ese sentido, fue particularmente significativa la firma del TLCAN, que en los hechos implicaba incorporarse abiertamente al dominio estadounidense, situación que, como señalamos, se

mantuvo encubierta en el periodo anterior como una concesión al nacionalismo revolucionario. Las reformas desarrolladas, en efecto, parecieron finalmente no dejar rastro de aquel modelo de principios del siglo XX, lo que en cierta forma tendría que haber significado el triunfo histórico del dicho planteamiento neoliberal.

3. ¿Era necesario el triunfo de Morena para hablar del fin de la transición y el inicio de la consolidación de la democracia? Definitivamente, sí lo era. La razón es que, tanto en el primer periodo analizado como en el segundo, los fundamentos de su construcción tenían como componente la necesidad de obstaculizar toda propuesta de izquierda, con lo cual no se cumplía con el requisito elecciones libres y equitativas.¹¹ Ambas etapas, pues, están comunicadas por el autoritarismo y, por lo mismo, fueron profundamente antidemocráticas. Es así que la transición a la democracia, apuntada en su inicio hacia 1988, es decir, como frontera entre una fase y otra, fracasó profundamente, pues la alianza PRI-PAN aceptó incluso violentar la legalidad electoral a fin de impedir que su adversario de izquierda llegase al poder.
4. El triunfo de Morena es de forma y de fondo. De forma, porque hoy puede plantearse, como nunca antes, que en México hubo elecciones presidenciales democráticas y que consecuentemente puede seguir habiéndolas. Todo indica que, a diferencia del 2000, ahora podemos hablar de una alternancia auténtica y que la competencia electoral debe ejercerse de manera equitativa; esto es, que parece vislumbrarse un punto firme para hablar de consolidación democrática. Y de fondo, porque se trata de la primera oportunidad, desde 1940, de construir un gobierno con orientación de izquierda, capaz de ofrecer una alternativa al neoliberalismo en las últimas cuatro décadas, en efecto, bajo la inspiración de los principios del nacionalismo revolucionario, pero con la pretensión de ir más allá. Los retos deben ir en torno a la refundación del Estado (así habría que entender la “Cuarta transformación”); a la construcción de una política social capaz de incluir a los sectores que viven diferentes tipos de marginación; al desmantelamiento de las redes de corrupción insertas en las instituciones del Estado que se han coludido con los operadores del crimen organizado; a la formación de instancias de justicia para los más de 200 mil homicidios y los 40 mil desaparecidos que constituyen la dolorosa estela de víctimas producidas por el anti-Estado que se ha impuesto en México en los últimos tiempos.

¹¹ El politólogo Robert. A. Dahl señala seis componentes primordiales de una democracia consolidada: 1) elección de los responsables en la toma de decisiones del Estado; 2) elecciones libres, equitativas y frecuentes; 3) libertad y autonomía de asociación entre los ciudadanos; 4) ciudadanía incluyente; 5) libertad de expresión; 6) fuentes alternativas de información (Meyer, 2013: 44).

5. ¿Debe considerarse la victoria de Morena como parte de los triunfos conseguidos por la izquierda latinoamericana en las últimas dos décadas? No parece haber duda que, en efecto, hablamos de un fenómeno que forma parte de la historia común de la región a la que México pertenece desde sus orígenes. De hecho, bien puede señalarse que fue la realidad mexicana la primera en promover una alternativa diferente de izquierda cuando, en 1988, surgió una tercera opción que chocaba con los dos grandes partidos tradicionales, cuyas diferencias parecían haberse construido a semejanza del bipartidismo estadounidense. López Obrador está obligado a abreviar de las experiencias latinoamericanas recientes para construir alternativas factibles a la ortodoxia neoliberal, a la asfixiante dependencia hacia los Estados Unidos, al aislamiento de México respecto a los países con los que tiene un vínculo fraterno forjado por su realidad histórica y cultural. Sólo así podrá enfrentar el reto de la viabilidad práctica de la izquierda mexicana.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguayo, Sergio (2018). *El 68*. México: Proceso.
- Bellinhausen, Hermann (2008). *Acteal, crimen de Estado*. México: La Jornada.
- Bobbio, Norberto (1998). *Izquierda y derecha*. Madrid: Taurus.
- Carrasco Araizaga, Jorge (2009). “Las traiciones de Echeverría”, *Proceso*, núm. 1691, México, 29 de marzo [<https://www.proceso.com.mx/85458/las-traiciones-de-echeverria>], fecha de consulta: 30 de septiembre de 2018.
- Cosío Villegas, Daniel (1974). *El sistema político mexicano*. México: Joaquín Mortiz.
- Delgado, Álvaro (2013). “Victoria cultural del PAN, las reformas energética y política: Gustavo Madero”, *Proceso*, México, 10 de diciembre [<https://www.proceso.com.mx/360098/victoria-cultural-del-pan-las-reformas-energetica-y-politica-madero>], fecha de consulta: 30 de septiembre de 2018.
- Dussel, Enrique (2006). *20 tesis de política*. México: Siglo XXI Editores.
- (2011a). *Carta a los indignados*. México: La Jornada.
- (2011b). *Filosofía de la liberación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Estévez, Dolia (2018). “Con AMLO ganó la izquierda del PRI, y no la izquierda histórica, dice el historiador John Womack”, *Sinembargo.mx*, 28 de julio [<http://www.sinembargo.mx/28-07-2018/3449193>], fecha de consulta: 30 de septiembre de 2018.
- Jiménez, Benito (2018). “Rebasa sexenio de EPN al de FCH en homicidios”, *Reforma*, México, 21 de abril.
- Krauze, Enrique (video) (1994). *Carlos Salinas de Gortari: el hombre que quiso ser rey*. México: Editorial Clío.
- Meyer, Lorenzo (2013). *Nuestra tragedia persistente. La democracia autoritaria en México*. México: Debate.

- Monsiváis, Carlos (1988). “En La Laguna, Cuauhtémoc cosechó el fruto de la ignorancia del PRI sobre Lázaro Cárdenas”, *Proceso*, México, 13 de febrero [<https://www.proceso.com.mx/147836/en-la-laguna-cuauhtemoc-cosecho-el-fruto-de-la-ignorancia-del-pri-sobre-lazaro-cardenas>], fecha de consulta: 30 de septiembre de 2018.
- Monsiváis, Carlos (1996). “Crónica de una Convención (que no fue tanto) y de un acontecimiento muy significativo”, en *EZLN, documentos y comunicados*, vol. 1, México: Era.
- Peláez Ramos Gerardo (2010). “El Movimiento de Liberación Nacional (1961-1967)”, *Rebelión*, 18 de noviembre de 2010 [<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=116914>], fecha de consulta: 30 de septiembre de 2018.
- Portal Cuba Periodistas (2009). “Lázaro Cárdenas en Cuba”, *Fidel, Soldado de las Ideas*, 23 de julio [<http://www.fidelcastro.cu/es/articulos/lazaro-cardenas-en-cuba>], fecha de consulta: 30 de septiembre de 2018
- Ruiz Sotelo, Mario (2016). “Aproximación general a los fundamentos de la noción de soberanía nacional en México (1867-2012)”, en *Paz y Seguridad y Desarrollo VII*. México: UNAM.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (2007). *Ética y política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Santiago, Javier (1987). *PMT: la difícil historia*. México: Editorial Posada.
- Sheridan, Guillermo (2017). “Octavio Paz y Carlos Fuentes: el dilema Echeverría”, *Letras Libres*, 24 de marzo [<https://www.letraslibres.com/mexico/historia/octavio-paz-y-carlos-fuentes-el-dilema-echeverria>], fecha de consulta: 30 de septiembre de 2018.
- Torre, Wilbert (2008). “Traición mexicana a Cuba”, *El Universal*, México, 3 de febrero [<http://www.eluniversal.com.mx/primera/30398.html>], fecha de consulta: 30 de septiembre de 2018.
- Villoro, Luis (2007). *Los retos de la sociedad por venir*. México: Fondo de Cultura Económica.